apreturas, no se conocía en el mundo civilizado más que dos recursos para conseguir comida: pagarla ó robarla. En pagarla estaba conforme el saltarín, pero como no fuese con piruetas y trenzados, no sabía con qué, pues ya se ha dicho que los reales eran para él elefantes blancos. Quedábale el recurso del robo; mas en obsequio á la honradez de Melenas se ha de hacer constar que semejante medio era rechazado con indignación por su conciencia, si alguna vez le acudía para ponérsela á prueba. Trapacerías de artista atrasado, como escamotearle unos calzoncillos al barba ó el peluquín al primer mímico, birlarle los papeles al apunte ó distraerle á la característica el abanico de plumas, ya para hacer trueque con alguna averiada prenda de su guardarropa, ya para ahorrarse compras incompatibles con su peculio, ó ya para suavizar rigores de la pupilera, era cuanto de pecaminoso podía tachársele á Melenas en los quince años que llevaba de calzar el coturno de Terpsícore, puesto que en la cuenta de sus culpas no ha de entrar el haber hecho tuerta á una corista cierta vez que representando el papel de Céfiro en *El festín de los Dioses*, al dar una indescriptible voltereta, arrebatado de entusiasmo le metió el dedo índice en el ojo de la pobre mujer.

Imposible, pues, comer, por no poder pagar y no querer robar, ofrecíasele á Melenas con aplastante lógica el segundo estremo del argumento: ¡morir! Y morir, se dijo. La determinación quedó resuelta con irrevocable energía. Pero en llevarla á cabo estaba la dificultad. *Hic opus; hic labor*: ó en claro castellano, ¡hé aquí el problema! Melenas, limpio de conciencia, limpio de estómago, limpio de bolsa, limpio de todo, menos de ropa y manos, veíase sin valimiento material para consumar el proyectado suicidio, porque ni el boticario, ni el armero, ni el cordelero habían de regalarle la estrignina, ni el revólver, ni la soga para que se sirviese ejecutar sus malaventurados designios. Bien es verdad que podía emplear el recurso de arrojarse al mar ó de ponerse bajo las ruedas de una locomotora; pero arredrábale el pensar que corría el riesgo de que un polizonte ó un guarda-agujas, sorprendiéndole el intento, le arrimase una paliza, y cuando esto no aconteciese, se aventuraba á salir de las aguas con un catarro por apéndice, ó de los rieles con una pierna convertida en papilla. Por otra parte, aguardar á que el hambre le matase (aun cuando llevaba ésta trabajada

la mitad de la faena) ó romperse el cráneo dándose de cabezadas contra una pared, eran cosas demasiadamente duras y hasta brutales para un artista de tan refinado gusto.

Mohino y renegando de la menguada suerte que le negaba el placer de matarse, discurría Melenas una tarde de Julio por las afueras de la ciudad, de donde le apartaban su orgullo, su rostro ictérico y sus insolentes pantalones; y haciendo como quien herboriza entreteníase registrando márgenes y praderías por si entre las tostadas hierbas encontraba algo con que estafar el esófago, que inflado de aire rabiosamente le gruñía. Las hormigas colectando briznas para su granero, y las golondrinas llenándose el buche de mosquitos, antojábansele Cresos apilando tesoros, Lúculos devorando pavos; y la Naturaleza risueña y caldeante figurábasele un escarnio dirigido á las tristezas de su alma y á las frígidas bascas de su cuerpo. Jamás como entonces se le aferró al cerebro la idea del suicidio. Si allí hubiese visto algún tajo ó algún mal puente, de fijo comete una barbaridad: pero el terreno era llano y no proporcionaba ocasión. Melenas, acostumbrado á tales decepciones, dirigió al cielo una mirada de cordero degollado, aspiró como postres de su sobrio desayuno una bocanada de aire puro, y se tumbó al pie de un árbol buscando en el sueño la momentánea consolación del olvido, única de que se amparan los corazones desesperados.

Poco rato llevaba de descanso, y ya le revoloteaban por la imaginación los traidores espejismos que engendra el hambre para hacer más horrible el despertar. El mozo de fonda, cubierto de nevado delantal, apareciendo con el suculento timbal de macarrones rebosando de la sopera; las botellas de champagne derramando entre estrepitoso bombardeo su cabellera de oro por las cristalinas copas; el amarillo barniz del pollo atiborrado de olientes trufas; el negro moka exhalando enervantes emanaciones; el vibrante fragor de los cuchillos, de las tazas y de las copas; en fin, toda la alegría y toda la abundancia de un día de bautizo, ó de una noche de bodas, aturdían y á la par deleitaban al infeliz Melenas, que en medio de su desvariada somnolencia se relamía, cual si paladease tanto rico manjar de cuya real existencia sólo tenía noticia por lo que había oído al primer galán de su compañía cuando representaba comedias francesas.

Ni bien dormido, ni bien despierto, en ese estado de arrobamiento peculiar á los espíritus que por necesidad ó virtud mantienen escasas relaciones con la carne, llególe á los oídos un rumor, blando primeramente como el que producen las hojas de la acacia refregadas por la brisa, vivo después como el de un hilo de agua que chorrease sobre plancha de metal, y luego crepitante cual si ardiesen por allí cerca verdes retamales. La insólita y cada vez más ruidosa algazara, despabiló á Melenas, y aunque no tenía cosa que guardar sino pura tiñería, no obstante, puso mano á sus bolsillos, llevado de ese instinto natural que á todos nos asalta en despoblado al oir voces humanas, y que expresa gráficamente el favorable concepto que nuestros semejantes nos merecen. Incorporóse, miró, escuchó alargando su pescuezo de grulla desplumada, y pronto descubrió que quien tal alboroto promovía era un grupo de mujeres que picoteando á más poder, y haciendo mil aspavientos, á largos pasos iban camino de la ciudad. Por el furioso gesticular y tal cual frase suelta que pudo coger al vuelo, barruntó Melenas que algo extraordinario ocurría; y picado de curiosidad, y quizás para tentar si se le deparaba ocasión de ganarse unos cuartejos á cambio de momentáneo servicio, salió de la braña que le ocultaba, y presentándose de improviso al grupo mujeril, preguntó con voz aflautada salida de lo más hondo de las tripas:—«¿Qué pasa, señoras?»—La impensada aparición, la barba hirsuta, la voz de ultratumba, y el desarrapado traje, causaron en las ya de sobra alborotadas mujeres el más estupendo de los pánicos. Un estridente coro de chillidos rasgó el aire.—«¡El asesino!» clamaron las cotorreras, y cual perros con maza, sin volver atrás la vista, emprendieron desalada carrera, y repitiendo «¡el asesino! ¡el asesino!» se perdieron envueltas en sucias nubes de polvo que el batir de las sayas levantaba.

Ácido muriático tornóse de pura cólera la helada sangre de Melenas. ¡Asesino él, que ni siquiera acertaba á matar el hambre! Y todo porque le habían visto pringoso y desgreñado, como si el crimen fuese siempre piojoso y la moralidad calzase guantes de piel de Suecia! Melenas hacía mucho tiempo que no se había reído, pero entonces, rompiendo con la costumbre, dibujóse en sus cárdenos labios una sonrisita de conejo, amarga como grumo de acíbar.—«¡Asesino, yo!» se dijo; y luego, después de una breve re-

flexión, pegóse una gran palmada sobre la nariz como para clavar en la frente una idea que de súbito le brotara, y exclamó con aire de triunfo:—«Pues quieren, lo seré. Ya está resuelto el problema.»

II

Quien al cabo de cinco meses hubiese visitado á Melenas, de fijo no le hubiera reconocido. A las mejillas chupadas y verdosas habían sucedido unos mofletes rubicundos capaces de dar envidia al suizo más bien cebado; su vientre antes cóncavo había adquirido una respetable convexidad; la alegría chispeaba en sus ojillos de pintas azules; el vellón de sus barbas caracoleaba en coquetonas sortijas, y el traje raído había sido cambiado por otro nuevo y *confortable* de paño negro.

En el momento que volvemos á encontrar á nuestro hombre se está éste despachando con garbo un plato de arroz con pollo, una tortilla y un pastel de liebre, y rociando cada bocado con sendos tragos de vino aloque.

Pero ¿de dónde diablos viene esa mutación? preguntará el lector. ¿Le cayó la lotería al buen Pascasio? ¿Heredó á algún tío californiano? ¿Se casó con alguna viuda rica? Nada de eso. Melenas come opíparamente, porque está en capilla, y los Hermanos de la Sangre le costean la última cena.

¡Qué horror! ¡Melenas, el timorato Melenas, el honradísimo saltarín en capilla! Luego ese infeliz, olvidando las leyes de la moral, se arrojó en brazos del crimen? No te alarmes, ¡oh púdico lector! que tampoco hay tales carneros. Lo que hay, es lo siguiente. Cuando Melenas sorprendió la conversación de aquellas mujeres que tan bruscamente cortaron sus solitarias cavilaciones, oyó que hablaban del hallazgo de dos niñas de trece años degolladas por desconocido malhechor, cuyos móviles no podían ser otros que el de satisfacer apetitos de sátiro. El grito de ¡asesino! con que aquellas picazas saludaron la presencia de nuestro hombre impresionó malamente, como se ha dicho, el pundonor de éste; pero dando vueltas y revueltas al tema, y pases y repases á su misérrima situación, al fin se encariñó con el mote, y resuelto como estaba por un suicidio barato de buen gusto,—«¡Esta es la mía!» se dijo, y sin más preámbulos presentóse incontinenti al juez instructor decla-

rándose reo de aquella horrenda barbaridad. Túvole al principio el juez por loco; pero fué tal la insistencia de Melenas, supo con tan prodigiosa inventiva explicar los detalles del brutal suceso, y vinieron tan acreditados los malos informes de la patrona que le despidió de casa, de los polizontes que le vieron vagabundear por las calles, y de las mujerzuelas que le encontraron poseído de aviesas intenciones cerca el lugar de la tragedia, que el juez no pudo menos que decretar auto de prisión y acordar el procesamiento del presunto criminal. Con esto ya quedó labrado el primer eslabón de la fortuna de Melenas. Inmediatamente comenzaron los *interviews* de los periodistas, que á todas horas le decían:—«¡No se aflija usted, señor de Melenas!» —«¿Le falta á usted algo, don Pascasio?»—«¿No fuma usted, amigo mío?»—«Si usted me permite hoy tomaremos café juntitos.»—Y otras corteses frasecillas por el estilo. A esto siguieron las biografías, y los retratos de nuestro héroe, y el telegrafiar á diario «Melenas ríe; Melenas canta; Melenas duerme bien; Melenas está disgustado de la marcha política de nuestros gobernantes.» Naturalmente la opinión pública, siempre sentimental y novelera, acabó por interesarse, y las visitas y las suscripciones fueron lluvia diaria para el bailarín.

Llegó el día del juicio oral, y—«¡Ánimo, Melenas, no sea usted niño!» le decían de todas partes:—«¡Confiese usted y no tema!»—¡Qué había de temer el hombre! Con la misma satisfacción que se hubiese sentado en un palco de proscenio en día de estreno sentóse en el banquillo de los reos. La sala estaba de bote en bote. Lo más granado de la sociedad había acudido para presenciar el acto. Las linajudas damas de la aristocracia preparaban el abanico para taparse el rostro en cuanto Melenas cometiese algún desplante explicando los detalles del desfloramiento de sus víctimas. Abrióse la sesión, y no compareció testigo alguno de descargo. Melenas estaba confeso, y había renunciado á la defensa. Los testigos de cargo fueron apabullantes. El abogado de oficio, no sabiendo que decir, despachó con las palabras de ritualidad en semejantes casos. Tocóle al fiscal el turno de hablar, y descargó contra Melenas argumentos y argumentos como golpes de maza sobre la testuz de un toro. Tuvo el digno funcionario arranques de elocuencia demosténica que emocionaron profundamente al auditorio.—

«Vedle, — decía señalando con el índice al infeliz Melenas como si le apuntase una pistola — vedle: la Naturaleza misma ha estampado en ese hombre los signos del crimen: el cinismo babea en su boca; la lujuria arde en sus ojos; su nariz se dilata con el ansia de respirar sangre: su actitud altanera y provocativa delatan la perversidad del alma: no hay más que contemplarle la frente para distinguir lo innoble de las pasiones que le dominan; la bestia carnicera se esconde tras esas formas humanas; ser que para no tener á quien amar no ha querido tener familia, su existencia ha sido siempre una feroz rebelión contra todas las leyes sociales. Yo le estoy viendo con el puñal en la mano acechando aquellas dos vírgenes palomas, aquellos tiernos pimpollos cuyo cáliz no abierto... (Suprimamos la retórica cursi y escabrosa del fiscal).

Ello en resolución fué que la Sala de Justicia, ante tales demostraciones, y considerando perfectamente evacuados los informes que prescribe el artículo 406 de la ley de Enjuiciamiento criminal, dictó sentencia condenando á Pascasio Melenas á sufrir ¡pena de muerte en garrote vil! luego á ¡¡diez años de cadena!! y por fin á satisfacer por vía de indemnización á las familias de las niñas degolladas la cantidad ¡¡¡de 6,000 pesetas!!! y costas de la causa.

Oyó Melenas el fallo sin pestañear, limitándose en cuanto hubo concluído la lectura, á preguntar á su procurador: — «¿Empezarán por mandarme diez años á presidio?» — «No, señor; le contestó el curial. Empezarán por lo otro.»

III

El crimen era espeluznante si los había; la vindicta pública reclamaba á grandes voces un ejemplar castigo para que no se desquiciasen los fundamentos del orden social, y por otra parte Melenas, criminal empedernido, no contento con hacer chacota de leyes, jueces y demás autoridades, rechazaba con aspereza toda petición de indulto. Así es que no hubo remedio: la sentencia tenía que cumplirse.

Con gran boato y numeroso acompañamiento, y pasando por entre nutridas filas de paisanos que en son de fiesta acudieron de todos los ángulos de la provincia á presenciar el vistoso espectáculo, dirigíase Melenas al cadalso, sereno y orgulloso, regodeándose con la idea de verse dibujado en

estampas, cantado en verso y asistido de encumbrados personajes, él, que cuando bailaba en el teatro del Cisne jamás pudo lograr que su nombre figurase en los carteles, ni que le mirasen con atención dos docenas de espectadores.

Más de la mitad del camino llevaba andado, cuando metiendo por debajo de la hopa la mano en el bolsillo, sacó una carta, y llamando al congregante que vió más al alcance, díjole: —«Hermano; el último favor que pido, es que eche ahora mismo este papel en el buzón de enfrente.»

Cogió el encapuchado el pliego, y rompiendo por entre la multitud fué á cumplir el encargo del sentenciado. Este le siguió con la vista, y al notar que la carta quedaba depositada, sonrió jovialmente.

Cinco minutos después Melenas hacía una extravagante mueca en el patíbulo. Todo había concluído... Los manes de las niñas degolladas estaban vengados. La ley triunfante. El orden social asegurado.

. . . .

A la mañana siguiente el Presidente del Tribunal que dictó la sentencia condenatoria, leía despavorido las siguientes líneas:

«Señor Magistrado: Así sé yo de niñas degolladas, como usted de mi tatarabuelo. Necesitaba matarme, y no sabía con qué. Me acordé de nuestras sabias leyes, y calculé que podrían servir á mi objeto mejor que cualquier veneno. No me engañé. A ellas, y á ustedes, que tan bien han sabido interpretarlas, debo la satisfacción de morir faustosamente sin costarme un cuarto, y ahito de jamón en dulce que jamás había probado. Mi nombre queda escrito en los anales patrios. Gracias por todo. Apresúrese á mandar, si algo se le ocurre, á su devotísimo é inocente condenado.—*Pascasio Melenas*.—Postdata.—Mis recuerdos al señor fiscal.»

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

AGUA PASADA

Fué inútil nuestro afán; no hemos logrado
reavivar tus ardores ni los míos,
porque el amor y el agua de los ríos
no vuelven á pasar, si ya han pasado.

1890. RAMÓN DE CAMPOAMOR.



ENTRE PARIENTES

—¿Otra vez riñes con Blas?
—Hay que enseñarle los dientes.
—¡Pero, hija! ¡siendo parientes,
y en línea recta, que es más!
—Ya la paciencia perdí
y no sufro ni tolero
que me falte... ¡es un grosero!
—Pues, hija mía, si así
tan pronto vuestra ira estalla,
no seréis, lo cual me afecta,
parientes en línea recta,
sino en línea... de batalla.

CASIMIRO PRIETO.



EL BAGUAL DEL DIABLO [1]

LEYENDA ARAUCANA

AL POETA ARGENTINO CARLOS GUIDO SPANO

Del hondo *Cobú Leuvú* [2]
por las orillas boscosas
un *bagual* gateado overo [3]
arrogantemente trota.

Con ansia infinita el indio
en el llano lo persigue,
y en el seno de la selva
corta sus rastros el tigre.

Él burla la garra fiera
y las *boleadoras* burla,
y al retozar en los campos
con el mismo viento lucha.

[1] *Bagual*, caballo salvaje de la llanura argentina, que arremete á los via-jeros y á corta distancia huye con singular velocidad y elegancia.

[2] *Cobú*, colorado; *Leuvú*, río. Voces araucanas. Gran río del sur de la República Argentina.

[3] *Overo*, nombre que se da al caballo de dos colores; el color nombrado en la combinación es el que predomina.

Tiene lozana querencia
entre la sierra azulada,
y de allí, todos los días,
por las sendas baja al agua.

Al cabo de pocos años
el viejo bagual gateado
fué para todas las tribus
el mismo corcel del diablo.

Juraban los adivinos
que si alguno lo mataba,
entre los suyos habría
irreparables desgracias.

Enfermó por esos tiempos
la mujer del Gran Cacique,
que gobierna las *indiadas*
del temido *País del Tigre*.

Largos dolores cortaban
lentamente su existencia,
sin que brujas, ni adivinos
al mal alivio pusieran.

Desesperado el Cacique,
que amaba á la hermosa reina,
llamó la Junta de Ancianos
que en su Consejo gobierna.

Dijo sus hondas zozobras
aquella alma empedernida,
pidiendo á todos el medio
de salvar á la cacica.

Un indio, de los Tehuelches, [1]
feroz, adivino y sabio,
nacido de una araucana
que el cacique había burlado,

Después de largo silencio
habló al *Tavtún* [2] afligido:
—Yo ordenaré, Gran Cacique,
un pronto remedio, dijo.

Que den friegas á la enferma
con sebo de riñonada,
del viejo bagual gateado
que en los campos del sur vaga.—

Miraron todos los indios
al cacique acongojado,

[1] Tribu patagónica. *Tehuel*, significa el sur; *che*, gentes. Habitantes del mediodía de los desiertos argentinos.
[2] *Tavtun*, junta ó congreso de notables.

recelando el nombramiento
para salir á bolearlo.

—¡A caballo, mis caciques!
¡Mocetones, á caballo!—
dijo el jefe de la tribu
con acento entrecortado.

Ni una hora pasado había,
cuando doscientos jinetes
salieron, cruzando campos,
mandados por el Tehuelche.

Fuertes caballos llevaban
y los perros rastreadores,
boleadores por docenas,
vaqueanos para las noches.



Jornada de quince días
en ocho la habían andado,
entre espinas y arenales
del enjuto *País del Diablo*.

Los vaqueanos conocieron
al octavo día de marcha,
el rincón del rojo río
que de *Los Baguales* llaman.

Formaron gran media luna
dejando libres las breñas,
que recorren los baguales
siguiendo tortuosas sendas.

Apenas doraba el sol
el horizonte azulado,
vióse la nube de polvo
á lo lejos del barranco,

Que levantan los baguales
al bajar de sus guaridas,
á beber aguas del río,
á través de un mar de espinas.

Pasaron dos y otros muchos
singularmente pintados,
zaïnos y overos negros
porcelanos y rodados.

Después de beber salían
camino de las alturas
retozando entre las breñas
sobre el flanco de las dunas.

Pasada está la mañana,
es ya la hora de la siesta,
y el viejo bagual gateado
á las aguadas no llega.

El adivino tehuelche
por el caso no se alarma,
que el bagual evita la hora,
en que otros bajan al agua.

Porque es hora de peligros,
de corrida y de asechanzas,
y sin duda viene tarde
cuando queda todo en calma.

Era más de medio día
y de súbito, á la izquierda,
se alzó un humo, que á los indios
las señales dió de alerta.

El viejo bagual gateado
en el lazo había caído,
y al instante lo oprimieron
los jinetes sobre el río.

Cincuenta pares de bolas
inútilmente arrojadas,
las esperanzas burlaron
que á los indios animaban,

Cuando saliendo al encuentro
de la codiciada presa
un cristiano desertor
le envió una bala certera.

. . . .

De pie, sobre la barranca
del gran río Colorado
el indio tehuelche, inquieto,
miraba el vado cercano.

Y al recibir la noticia
de la victoria alcanzada,
con semblante descompuesto
y honda emoción en el alma

Dijo á los indios:—¡Al fin
mi madre quedó vengada,
y maldita la cacica
que reinando la humillaba!

De la hermosa Patagonia
torno á las selvas lejanas,
porque de ellas no salí
sino para la venganza.—

Y picando su caballo
á nado pasó las aguas,
y se alejó entre las dunas
que las ondas del sur bañan.

Medrosos los boleadores
regresan al *País del Tigre*
á narrar lo sucedido
al desgraciado cacique.

. . . .

Lloraba en duelo la tribu
la muerte de la cacica,
que murió en el día octavo
á contar de la partida.

. . . .

—¡Maldito sea el tehuelche!
dijo el cacique llorando,
porque mató á la cacica
matando el *Bagual del Diablo*.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

1890.

EPIGRAMA

No hay verso, bueno ó ramplón,
de cuantos escribe León,
en el cual, falto de seso,
no prodigue hasta el exceso,
los *puntos de admiración*.
Y aunque en buscar me descrismo
el por qué de tal simpleza,
aún en la duda me abismo...
¿será que León empieza
por *admirarse* á sí mismo?

BUENOS PROPÓSITOS

Deberíamos formar firmes propósitos en ayudar á nuestros semejantes, y, sin embargo, nos complacemos en mortificar al prójimo.

Y aun algunos tienen decidido empeño en explotarle.

¡Yo!—Este simpático monosílabo, que indica fácilmente, que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Este expresivo vocablo, este halagador *yo,* que está en oposición con las consideraciones humanas, suena continuamente en los labios de nuestros semejantes.

Si algunos no lo pronuncian de continuo, estad seguros de que será por pura hiprocresía, y de que si no lo tienen en los labios, lo llevan impreso en la mente y en el corazón.

Y así os lo demostrarán en su trato y en sus acciones.

—Yo, antes que el Supremo Hacedor, dijo el Angel caído; y desde entonces repiten á una todos los mortales: —Yo, antes que nadie.»

Mucho se ha predicado, mucho se ha dicho, mucho se ha escrito contra el egoísmo, pero todo ha sido en vano.

El egoísmo se desarrolla en el corazón de toda criatura con mucha facilidad, porque el egoísmo es innato en todo ser viviente.

La experiencia nos ha enseñado, desde Confucio hasta Sócrates, desde Sócrates hasta Jesucristo, y desde el Crucificado hasta los filósofos moralistas de nuestros días, que todavía no se ha encontrado el medio de hacernos comprender que este *Valle de lágrimas* sería un paraíso, si llegáramos á querernos como verdaderos hermanos.

Hombres de una fe decidida y de una fuerza de voluntad inquebrantable luchan hasta perder la existencia, con el firme propósito de enlazar á la humanidad por medio del amor espiritual, y sientan como axioma el santo precepto que dice: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.»

Pero todo es inútil; el prójimo sólo sigue amándose á sí mismo.

Cuando más, veremos que el prójimo amará á la prójima.

Y descubriremos también que á su vez la prójima amará al prójimo.

Y gritaremos: ¡Hosanna! Enlazada la humanidad, ya que no por el amor espiritual, por el fluido magnético del amor material, entre los seres de distinto sexo, conseguiremos que desaparezca el egoísmo.

Con esto habremos encontrado el medio de que el uno viva para el otro.

La unión por amor hará que reine la paz en el hogar doméstico y que los descendientes de estos amorosos seres aprendan á amarse entre sí.

Las familias constituídas al impulso del verdadero amor, se irán congregando y fácilmente surgirán inmensos centros de población, en donde todos los habitantes se darán el dulce nombre de hermanos.

Desde que se establece el principio de formar familias al impulso del amor, el porvenir de la humanidad será caminar por una senda de flores.

Contemplad con regocijo esas parejas de ambos sexos, que entre mil protestas de cariño juran sacrificarse el uno por el otro.

Fijémonos en una de estas felices parejas; presenciemos extasiados sus transportes de alegría, de entusiasmo y de ventura, y nos llenará de contento el sorprender la embriagadora satisfacción que disfrutan dos seres enamorados.

Se unieron para siempre impulsados por el amor que ambos á dos se profesan.

Se juran constancia eterna. Según sus santos propósitos, su amor se transmitirá á sus descendientes y aún vivirá en sus propios espíritus después de muertos.

Han nacido el uno para el otro.

El soplo creador del Eterno ha formado sus almas enamoradas para que eternicen el amor entre los mortales.

Como las mariposas que vuelan contentas en la pradera, y de dos en dos liban el néctar de las flores.

Así en sus campestres paseos estos dos seres enamorados aparecen y desaparecen entre las ondulaciones de las arboledas, formando siempre una cadena con sus brazos y nutriendo su amante ilusión con el magnetizador aliento que mutuamente se transmiten.

Pero ¡oh dolor! la triste realidad nos sacará bien pronto de este delicioso Edén.

La misma amorosa fiebre que sume en grata enajenación á estos dos seres enamorados, hará que la ciencia por boca del médico, les aconseje más prudencia y menos extravío.

Cualquier pueril contrariedad hará que entre los dos medien explicaciones que despierten entre ambos la duda y la vanidad.

Pronto á la enamorada la oiremos exclamar con desencanto:—«Tú no eres el mismo; has cambiado mucho desde aquel día que nos unimos para siempre. *Yo,* merezco más consideraciones de las que tú me guardas.»

—*Yo,* necesito tener juicio por los dos, querida mía.

— *Yo,* no estoy loca.

—Acabarás por estarlo si no te avienes á razones y si no llegas á comprender *que yo,* como hombre, puedo ejercer mi voluntad en el hogar doméstico, y que tú, para tranquilidad de todos, debes estudiar la manera de llegar á ser el ángel de ese mismo hogar.

La mujer llorará, pero llegará á comprender su situación y se resignará á ser la fiel y sumisa esposa.

Y el marido, por cálculo, satisfará de vez en cuando los caprichos de su consorte, y ambos á dos vivirán resignados cumpliendo sociales deberes.

A pesar de las decepciones que experimentamos con este relato, su desenlace debe llenarnos de regocijo.

Porque hemos tropezado con el desenlace más consolador, más plausible y más razonable de uno de estos dramas de la vida conyugal, debido á que se desarrollaba entre dos seres de buen juicio, quienes con poco esfuerzo comprendieron los derechos y los deberes de cada uno.

Pero hay desenlaces de historias parecidas, en los que acaban los cónyuges por tirarse los trastos á la cabeza.

Y sean estos desenlaces serios, trágicos ó ridículos, lo único que queremos manifestar es que aun dentro del más acendrado amor se impone el egoísmo individual.

¡Triste condición humana! En cualquier situación que nos coloquemos seremos egoístas.

Salgamos del hogar doméstico, abandonemos el lecho conyugal y confundámonos entre las masas, entre el bullicio de seres que sienten y piensan.

Veremos que todos se buscan, que todos se estrechan la mano, que todos se abrazan con efusión, que todos se ofrecen protección y que todos se juran lealtad.

Esto veremos y diremos:—«Vivimos entre verdaderos hermanos; pues para que no andemos diseminados, para fraternizar mejor, supuesto que el trato engendra cariño, establezcamos centros sociales, centros de propaganda fraternal.»

Se lleva á efecto la idea, y al cabo de poco tiempo llega á ser inmenso el número de afiliados en los referidos centros.

Todos los miembros cotizantes se codean risueños y satisfechos al abrigo de elegantes y confortables salones.

Pues bien, á pesar de esta visible cordialidad, no tratemos de investigar la íntima, la verdadera fraternidad que reina entre estas agrupaciones; baste decir que la mayoría queremos formar parte de éstas y de otras varias asociaciones, pensando sólo en que podrán sernos de alguna utilidad nuestros asociados.

¡Fraternidad universal! ¡Cuán difícil es conseguirla!

El amor fraternal ha tomado tal desarrollo entre los mortales que todos se tratan y se vinculan entre sí con la mayor confianza; con tanta confianza, que no hay quien abandone su revólver para ponerse al abrigo de las asechanzas de su prójimo.

Pero nos separamos de nuestro laudable propósito.

Haciendo notar que puede más la fuerza del egoísmo innato en nuestros corazones, que los trabajos que vienen haciéndose desde remotos siglos por la fraternidad, contribuirá tal vez este escrito á que os abandonéis al acaso.

No; lejos de nosotros tal idea. Ponemos de manifiesto las debilidades humanas para que os resolváis á combatirlas con fuerza de voluntad.

Trabajemos para que haya consideraciones humanas. Seamos tolerantes y afables con nuestros semejantes.

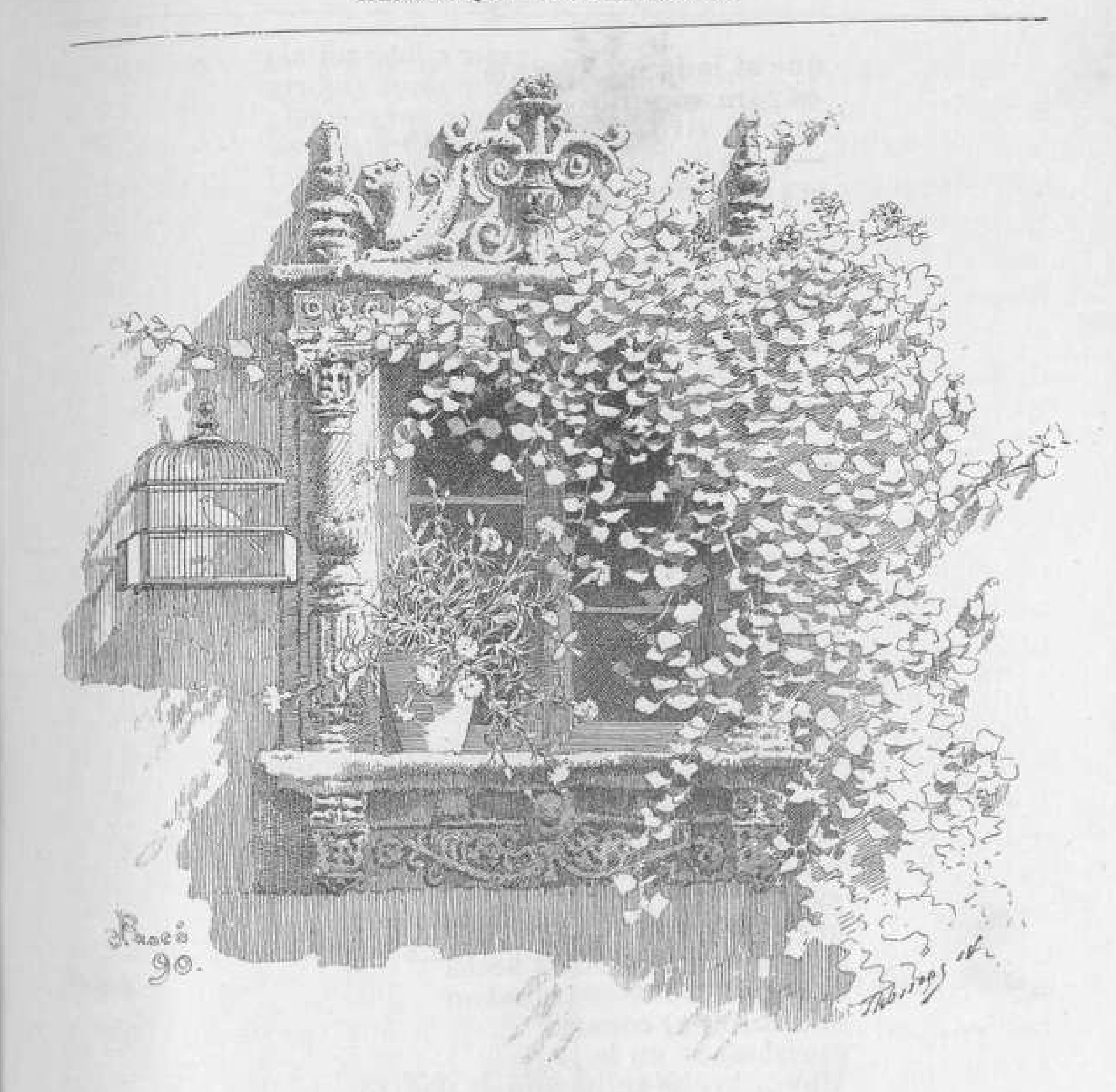
Debemos convenir en que existen ciertos prójimos á quienes se les debía estrellar contra una esquina.

Pero sujetos al gran principio humanitario, perdonemos agravios y procuremos con nuestras obras ganarnos las simpatías y el aprecio de nuestros semejantes.

Unicamente de este modo conseguiremos los mortales darnos mutuamente, sino el título de buenos hermanos, al menos el nombre de verdaderos amigos.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata, Mayo de 1890.



LA VENTANA DESIERTA

En el alféizar tronchado
de la vetusta ventana,
un cortinaje de hiedra
con flores rojas y blancas,
y en medio del cuadro estrecho
de la vidriera empañada,
junto á un tiesto de claveles,
y rozando con la jaula
en que prisionero vive
un canario que no canta,
una cabecita rubia
se asoma por las mañanas,
á punto que el horizonte
colora la luz del alba.
Hay un doncel en el patio

que si la frente levanta
es para ver unos ojos
que en vivo fuego la abrasan.
—¡Con cuánta ansiedad te espero!
—¿Me quieres?
—Con toda el alma.
Seré tuya hasta la muerte,
y moriré si me engañas.
—Seré tuyo, sólo tuyo;
soy tu esclavo.
—Soy tu esclava.
—Toma un beso.
—Toma ciento,
que nos ven.
—¡Hasta mañana!—
Este diálogo sencillo,
estas sencillas palabras
cambiaban diariamente
desde el patio á la ventana
en los primeros albores
de su fugitiva infancia,
hace veinticinco abriles,
dos niños que hoy peinan canas.
¡Cuántos juramentos dulces
aquellas hiedras guardaban!
¡Cuántas promesas eternas
entre pétalos de llamas,
escondieron los claveles
al nacer la luz del alba!
¡Y cuántos ardientes besos
cuando los labios tronaban
asustaron al canario
aprisionado en la jaula!
Hoy... hecho un viejo por dentro,
que también por dentro hay canas,
pasé por la misma calle,
y frente á la misma casa,
y entrando en el viejo patio
busqué la misma ventana.
Del roto y pesado alféizar,
que de antiguo se desgrana,
no cuelga la hiedra oscura
con flores rojas y blancas,
ni está el tiesto de claveles
con sus pétalos de llamas.
Cansos de mirar mis ojos,
¿qué buscan? ¿no queda nada?
¡Ay, que de pronto los siento
empañados por las lágrimas!
¿Qué han visto? decid, ¿qué han visto?
¿Los ojos suyos? ¿la casta,
limpia y hechicera frente
por los rizos coronada?

¿la manecita nerviosa
arrojándome una carta?
¿los negros ojos? ¿los labios
de roja y caliente grana?
Lo que han visto, y que al mirarlo
en tibio llanto los baña,
es una humilde memoria
de mi ventura pasada,
la que por humilde y pobre
ninguna mano arrebata
y en la que sus manos puso
el primer amor del alma...
Es... miradlo en ese muro
y en la viga apolillada
que cierra, formando marco,
el cuadro de la ventana.
Es el clavo pequeñito
de donde pendió la jaula
en que vivió aquel canario
que al besarnos se espantaba...
No hay nadie... temblando llego,
como el creyente ante el ara...
Me parece que despiertan
mis venturas de la infancia,
y toco el clavo... lo beso,
se me anuda la garganta,
y salgo del viejo patio
llenos los ojos de lágrimas.
¡Es lo único que me queda
de aquel amor de la infancia!

Méjico. JUAN DE DIOS PEZA.

EL LEÑADOR

Yo ví, de mi alma en el confuso viaje,
árbol gigante al borde del sendero,
que encima de fatal despeñadero
proyectaba su múltiple ramaje;

Y entre la pompa ví de su follaje
trepado un leñador robusto y fiero,
que, hacha blandiendo de tajante acero,
el tronco hería con furor salvaje;

Y á cada golpe de su fuerte mano,
temblaba el árbol con crujido ronco;
y con él ya iba á hundirse en el abismo...

—*¡Yo soy*, gritóme, *el Pensamiento humano!*
¡De la Vida inmortal este es el tronco
y mi hacha, el implacable escepticismo!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil.



LA

GRAN QUERELLA DE LOS BARBEROS

Á EMILIO GUTIÉRREZ DE QUINTANILLA

Barbero de Lima con su excomunión encima, era refrán corriente entre las viejas de esta coronada ciudad de los Reyes, y á no pocas se lo oí allá en mis mocedades.

Sin esta pícara afición mía á revolver papeles viejos y respirar polvo y polilla, de fijo que me habría quedado sin saber por qué los barberos de mi tierra cargan con el mochuelo que, con caridad tan poca, les colgaban las abuelitas, que no eran hembras de dar puntada sin nudo, y que, para tratarlos de excomulgados, tendrían justificado motivo. Entremos, pues, en materia, y tradición al canto.

I

Un domingo de Agosto del año 1626, hallábase agolpado gran concurso de gente á la puerta de la catedral de Lima, templo que apenas llevaba diez meses de consagrado, leyendo un cartelón ó edicto, de cuya parte considerativa quiero



hacer gracia al lector, limitándome á copiar sólo la dispositiva que, á la letra, dice:

«Mandamos que, de aquí en adelante, sea bien guardado el domingo, día del Señor; que no se abran las tiendas en día de fiesta; ni afeiten los barberos; ni se venda en el lugar que llaman baratillo; ni los panaderos amasen en estos días; ni de las haciendas del campo se traiga alfalfa; porque todas estas fatigas se pueden prevenir la víspera, y

dejar siquiera un día de alivio á la multitud de esclavos que no miran posible otro descanso que en su muerte.—*Gonzalo*,—arzobispo de los Reyes.—Ante mí, licenciado *Diego de Córdoba.*»

Como todo tiene su razón de ser, hay que considerar que el arzobispo de Campo (muchos cronistas lo llaman de Ocampo) pretendió, con este edicto, aliviar la desventurada condición de los negros esclavos y de los indios mitayos ó sujetos á las antiguas encomiendas, á quienes amos y encomenderos avarientos obligaban á trabajar con brutal exceso. Así se explica uno la abundancia de días festivos y de media fiesta, como llamaban á aquellos, en los que sólo era forzoso trabajar hasta las doce de la mañana. Los españoles, que ponían oreja de mercader á las reales órdenes sobre la materia, se quedaban tamañitos ante la más ligera imposición de la autoridad eclesiástica. Resultó de aquí que, de los trescientos sesenta y cinco días del año, la mitad fuesen de huelga, más ó menos completa. A mi juicio, el edicto de su ilustrísima tanto era político como evangélico.

Sepan ustedes que sólo del contrato ajustado, en Julio de 1696, entre el Consejo de Indias y la Compañía real de Guinea para la introducción en América de 30,000 negros, correspondieron al Perú 12,000 esclavos, que se vendieron en el Callao, desde 300 hasta 400 pesos ensayados cada uno. La sexta parte quedó en el servicio doméstico, y fué la menos desdichada; pero el resto pasó á las rudas faenas agrícolas, donde el látigo, esgrimido por feroz caporal, andaba á nalga que quieres.

Adivinar se deja que el edicto archiepiscopal fué acogido con entusiasta aplauso por siervos y servidores, y visto de mal ojo por la gente rica y acomodada; pero los barberos, cuya condición era excepcional, pusieron el grito en el quinto cielo.

II

A ciencia cierta, nadie sabe desde cuándo hubo barberos y navajas sobre la tierra. Los judíos, contemporáneos de Cristo, se afeitaban con una especie de piedra pómez, y los griegos y romanos se aplicaban á la barba un líquido corrosivo que, con frecuencia, les ocasionaba enfermedades de la piel. Sólo desde los tiempos de Nerón, tan hábil para

inventar suplicios, empieza la historia á ocuparse de los barberos, dándoles renombre de charlatanes y murmuradores: y tanto que uno de ellos, que por primera vez iba á palacio, le preguntó al rey:

—¿Cómo quiere vuestra majestad que le afeite?

—Sin chistar palabra, contestó el monarca.

La historia cuenta que los barberos se han entrometido algunas veces en la política; pero siempre con pícara estrella. A Pedro Labrosse, barbero de Felipe el Atrevido, y á Oliverio el Gamo, barbero de Luis XI, los afeitó en toda regla el verdugo; y si Bejarano, barbero del tirano Francia del Paraguay, no tuvo idéntico final, por lo menos le arrimaron doscientos zurriagazos en plena plaza de la Asunción. Escarmentados en aquellos tres ejemplos, los barberos de mi tierra no pasan, en política, de graciosos surcidores de bolas, y su opinión es siempre de la barba que jabonan. Ni quitan ni ponen rey. Con un parroquiano son más gobernistas que el ministerio, y con otro más revolucionarios que la demagogia; con éste jesuítas é intolerantes, y con aquél masones y liberales hasta la pared de enfrente. Los barberos son como el maná de los israelitas: se acomodan á todo paladar.

La historia contemporánea sólo nos habla de dos barberos afortunados.—El del rey don Miguel de Portugal, que, por la suavidad de su navaja y otras habilidades, mereció del soberano el título de marqués de Queluz, y el famoso Jazmín, tan eximio poeta como habilidoso peluquero, cuyos versos arrancaron á la pluma de Carlos Nodier los más entusiastas elogios.

Decididamente los barberos, en nuestro siglo del vapor y la luz eléctrica, están en vía de rehabilitación. Me alegro por los pericotes.

III

Volvamos al atrio de la catedral.

Casi los treinta que, en ese año componían el gremio de los desuellacaras estaban allí reunidos leyendo, releyendo y comentando el cartelón, hasta que el más letrado de entre ellos, llamado Pepe Ortiz, tomó la palabra y dijo:

—Señores, si el abad de lo que canta yanta, el barbero manduca de la barba que retruca, y entre Pupa y Pupajor,

Dios escoja lo mejor. Creo que discurro con lógica... ¿Digo mal ó digo bien?

—¡Sí! ¡sí! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Entonces, prosigo. Si trabajando á destajo no nos cunde el trabajo, y todo es hora chiquita con sol y sombrita, acatando el edicto vamos á colocarnos en la condición del asnillo de Gil García, que cada día menos comía. Probemos, pues, que el viento que corre muda la veleta, mas no la torre, y sin más gorigori reclamemos del edicto.

El palmoteo y los vítores fueron estrepitosos. Dos ó tres abrazaron al orador y otros le apretaron la mano diciéndole:

—Pepe, eres todo un hombre, y como tú hay pocos.

Restablecida la calma, uno, que probablemente era el Celso Bazán de aquel siglo, alzó el brazo, como quien pide venia para hablar, y dijo:

—Compañeros, bien pensado y mejor hablado; bien mascado y mejor remojado. Se dice que, por trabajar en domingo, logramos medros, y no saben que, en este mundo mezquino, donde hay para pan no hay para tocino, y que el barbero no es fraile cucarro, que deja la misa por el jarro. Somos como los hijos de Medinilla, que nunca salieron de papilla, y lo de que con un mucho y dos poquitos, se hacen ricos infinitos... ¡mamola!... eso y el queso empacha, y que se lo cuenten al abate Cucaracha. Conque, como dice Pepe, Dios sea con nosotros, y á protestar, muchachos.

El entusiasmo llegó á su colmo, y unas mocitas, con más sal que las salinas de Huacho, que estaban de espectadoras, casi se comieron á besos al orador, diciéndole:

«Turroncito de alfeñique,
botón de pitiminí,
si no estás enamorado,
enamórate de mí.
El alma me has robado,
dame la tuya,
que el ladrón es preciso
que restituya.»

—¡Alto ahí, camandulense, y mientras descansas maja estas granzas! saltó un viejo con hopalanda y birrete, fértil de orejas, viudo del ojo izquierdo y tartamudo de la pierna derecha, á quien llamaban Cuzcurrita, y que diz que era el barbero de los canónigos y de la curia. Sabedlo, coles, que espinacas hay en la olla, y que es herejía luterana rezongar contra lo que mandan los ministros de la Iglesia.

Por eso dijo san Ambrosio... no... no... que fué san Agustín... tampoco... en fin, alguien lo dijo y yo lo repito... nácenle alas á la hormiga para que se pierda más aína. Conque comed y no gimades, soberbios de Lucifer, ó gemid y no comades. He dicho. Pajas al pajar y barberos á rapar.

—Hombre, replicó Pepe Ortiz, para mujer de á dos reales, marido de á dos migajas. Para las barbas que tú desuellas bien te estás con ellas, que sólo un cristiano dejado de Dios y Santa María, se pone en manos de un bar-



bero zahorí que tiene un Cristo negro pintado en el cielo de la boca.

—Aguilucho sin agallas, insistió Cuzcurrita, rojo de cólera ante tamaña injuria; no seré yo, brujo y zahorí, como me apodas, el que por el alabado deje el conocido y véame perdido. Excomunión con usarcedes y no conmigo, que no pecaré de novedoso ni de...

Aquí se acabó la paciencia de los del gremio, y á los gritos de—¡Basta! ¡Fuera! ¡Mantear el monigote! ¡Cáscale las liendres! ¡Aflójale su sepancuantos!—se escurrió Cuzcurrita en dirección al sagrario.

IV

Y alejado el único defensor del cartelón, veintiocho barberos firmaron un largo memorial que, mitad en latín y y mitad castellano, y por su respectivo *cuanto vos contribuisteis* (una onza de oro), les redactó el abogado de más campanillas que en Lima comía pan.

Rechazados por el arzobispo, apelaron ante el juez apostólico de Guamanga; y negada también la apelación, los rapabarbas, lejos de amilanarse con una excomunión en perspectiva, cobraron bríos y fuéronse á la Real Audiencia con un... (parece mentira tamaño coraje) con un... (hasta la mano me tiembla) con un... (¡Ave María Purísima!) *recurso de fuerza*. Sí, señores, como ustedes lo oyen, *recurso de fuerza*. ¡Cómo! ¿creían ustedes que los barberos eran gente de volverse atrás por excomunión más ó menos?

Y mientras el fiscal y el promotor andaban al morro con los Cánones y las Pandectas, y las Decretales y el Fuero Juzgo, y las Partidas y el Patronato y la gurrumina, el Celso Bazán se llenaba la boca exclamando:

—Ahora va á saber el arzobispito con quién casó Cañahueca.

¡Recurso de fuerza! ¿Y contra quién? ¡Contra el más engreído de los arzobispos que el Perú tuvo hasta entonces! ¡Contra un arzobispo que traía en la cartera el título de virrey, para el caso de que falleciese el marqués de Guadalcázar! ¡Contra un arzobispo á quien Felipe IV llamaba su ojito derecho, y que era el niño mimado de Su Santidad Gregorio IX!

Pero como ni el virrey, ni los oidores, ni los cabildantes y demás gente de copete, pudieran conformarse con lucir el domingo barba trasnochada ó de la víspera, sucedió (¡maravíllense ustedes, que yo ya me he maravillado!) que la Real Audiencia fallara que el arzobispo *hacía fuerza*.

¡Victoria por los barberos!

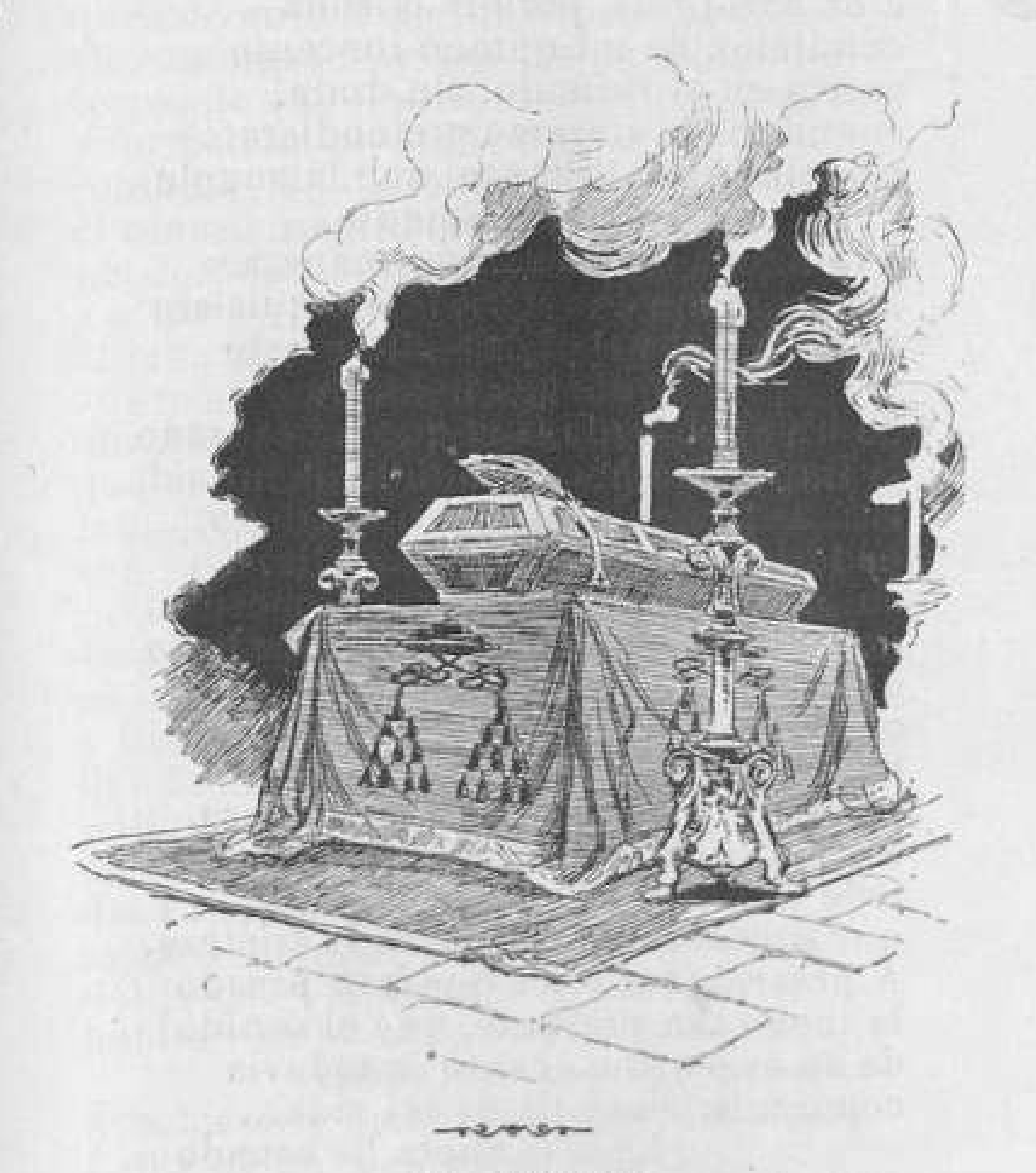
Verdad es también que la sentencia se pronunció veinticuatro horas antes de que fuera pública en Lima la noticia de que el arzobispo don Gonzalo de Campo había fallecido en Recuay, el 1.° de Diciembre, envenenado por un cacique á quien, desde el púlpito, amonestara de lo lindo porque vivía amancebado.

Si alambicamos bien el suceso, algo de complicidad en la muerte de su ilustrísima les cae encima á los barberos; porque llamado el de Recuay para aplicar una sangría al moribundo, anduvo retrechero con las excusas de si era ó no era domingo, y de si el edicto callaba ó no callaba en este caso. Cuando, vencidos sus escrúpulos, se decidió á acudir, empleó un cuarto de hora en buscar lanceta, y á la postre fué llevando una lanceta roma. Cuando él entró en el dormitorio, hacía ya minuto y medio que era don Gonzalo alma de la otra vida.

Desde entonces los barberos de Lima disfrutan del privilegio de trabajar en domingo, gracias á su *ñeque* y *circunstanflaucia,* como diría Celso Bazán.

RICARDO PALMA.

Lima.



CANTAR

Cual águila que hace el nido
en el hueco de las peñas,
mi amor pretende albergarse
en tu corazón de piedra.

MANUEL REINA.



LA
LOCA DE LAS FLORES

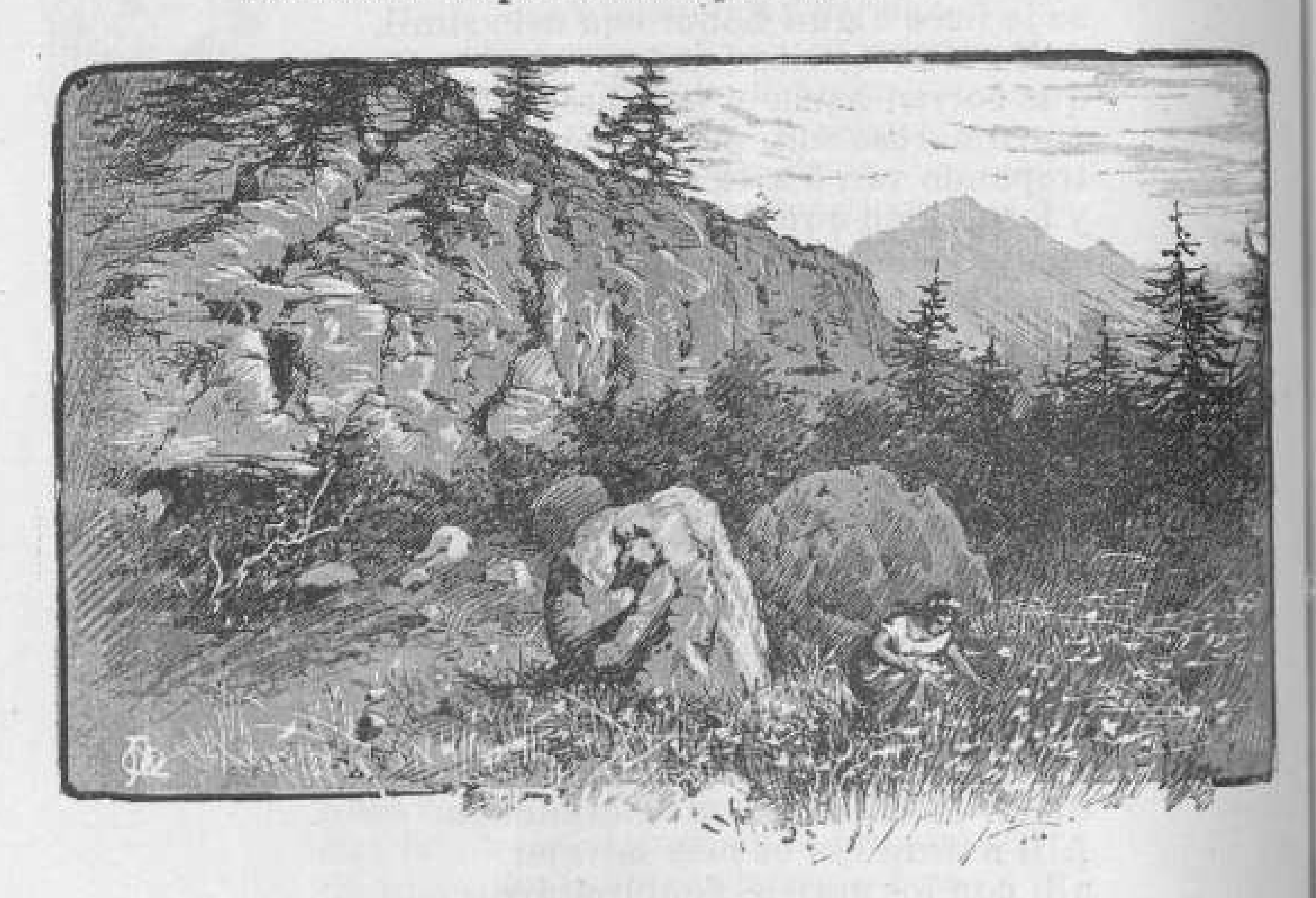
I

Os haría llorar si refiriera
con grave entonación la verdadera,
cuanto sencilla historia,
que guardo desde niño en la memoria;
ú os haría reir, porque la ruda
condición de mi numen inocente
caería en el ridículo, sin duda,
cuando más elevarse pretendiera;
permitid, por lo tanto, que la cuente
así sencillamente,
á la buena de Dios, á mi manera.
Mas ¿qué he de referir? Sólo quisiera
trasladar al papel desde la mente
la imagen dolorida
de una pobre aldeana que ha causado
la impresión más profunda de mi vida,
la más triste quizás. Si fuese dado
poderla describir como era ella,
en toda su desgracia y su hermosura,
no habría imagen del dolor más bella
ni habrían los poetas ideado
otra heroína del amor más pura;
pues mi hermosa aldeana poseía
con la gracia adorable y la dulzura
de una niña inocente cuando reza,
toda la indefinible poesía
que presta á la hermosura la tristeza.
A pesar de los años que han pasado
la tengo tan presente, que el sonido
de su argentino acento es todavía
como una pesadilla de mi vida...
¿La oís? ahora ha sonado
su melodiosa voz como un gemido.
Me mira sonriendo y centellea
de mi mente en lo oscuro su mirada...
La veo, sí; dejadme que la vea
en el ancho vestíbulo sentada
de aquella blanca iglesia de la aldea.

II

Su historia es muy vulgar. Estame atento;
verás, lector amado,
en qué pocas palabras te la cuento.
Era en Asturias. ¿Pero tú no sabes
lo que es Asturias? El país sagrado
de las fieras, las frutas y las aves,
y la región también del hombre honrado.
Al recordar la espléndida belleza
de aquella sin igual naturaleza
mi alma de entusiasmo se electriza
de un modo casi, casi inverosímil.
Es la Suiza española, aunque á la Suiza
se le hace algún honor con este símil.
Allí todos los ríos son torrentes
que corren hacia el mar precipitados
en rumoroso son; por las pendientes
trepando van á saltos los sembrados:
y forman en aquellas asperezas
combinación de tonos desiguales
el oscuro carmín de las cerezas,
los dorados manzanos, los nogales
y á trechos las blanquísimas cabañas
al lado de los verdes maïzales.
Junto al torrente, flores y espadañas;
abajo los oscuros robledales
que cuentan ya sus años por centurias;
la nieve por las cumbres... En Asturias
son ramos gigantescos las montañas.
De la región aquella
la parte más abrupta y la más bella
es la que tierra adentro se prolonga
y llega al sacratísimo paraje
donde la cueva está de Covadonga.
Allí naturaleza es más salvaje;
allí con los gorjeos confundidos
del ruiseñor oculto en el ramaje,
se escuchan por la noche los rugidos
del jabalí y el oso que escondidos
habitan en lo espeso del boscaje.
Allí... pero volvamos
á la historia que dejo comenzada
ó que no he comenzado todavía.
Dije que era trivial. Enamorada
la aldeana de un hombre que tenía
más amor á su noble ejecutoria
que á aquella desdichada,
vivió un año feliz, hasta que un día,
á pesar de nobleza tan notoria,
huyó el galán y la dejó burlada.

Ya ves, lector amado,
si era vulgar su historia
y en qué pocas palabras la he contado.
Mas para ese vulgar dolor profundo,
cuando se sabe amar con vehemencia,
no hay más que dos consuelos en el mundo:
uno la muerte y otro la demencia.
Y más si se acumula
la vergüenza al dolor; á la insolencia
del vulgo ruin que el deshonor circula
el grosero lenguaje
de una familia de virtud salvaje,
para quien es deshonra la indulgencia,
y siguen al desprecio y al ultraje
el cruel abandono y la indigencia.
Por eso al despertar de aquel hermoso



sueño de amor de dichas inefables,
sola y abandonada en su amargura,
cayó en el pavoroso
sueño de la locura
tan lleno de misterios insondables.
¡Abandonada y sola! Ten por cierto,
lector, que al suceder tal desventura
su generosa madre habría muerto.

III

Solían los pastores
verla cogiendo flores
y huyéndoles esquiva

ora corriendo, y ora,
fantasma soñadora,
vagando por las selvas pensativa.
Y otras veces lanzando una sonora
carcajada más triste que un lamento,
por entre peñas y barrancos iba
huyendo y remedando fugitiva
una sombra impelida por el viento.
Era una aparición de la montaña;
y no faltó tampoco quien creyera
que la visión extraña
desconocida en los lugares, era
la encarnación que acaso
aquel año tomó la primavera;
pues, según los pastores, á su paso
no hubo botón de flor que no se abriera.
La aldeana venía
de una aldea distante,
para llegar hasta la cual había
que atravesar la espesa serranía,
un bosque secular más adelante
y después otro cerro todavía.
Cuánto tiempo pasó decir no puedo
vagando por los montes solitaria
aquella aparición que daba miedo
ó alegría á la gente visionaria;
mas sé que una mañana muy hermosa
acudía esa gente presurosa,
pues la maga de aquellos robledales
estaba allí, tranquila y ruborosa,
sentada de la iglesia en los umbrales.
Inmóvil, silenciosa,
rendida por el hambre y la fatiga,
se nos apareció como una diosa
disfrazada con traje de mendiga.
Ahora, como entonces, la estoy viendo
sangrienta, desgarrada,
pero á pesar de todo sonriendo
y de flores silvestres coronada.

IV

Sus dorados cabellos
caían en desorden por su espalda,
y colocaba en ellas
las flores que tenía
mezcladas con cerezas en la falda;
y cuando componía
su rústica guirnalda,
—¿No sabéis? hoy me caso, nos decía.
Por eso me engalano cuidadosa;
pues como es tan hermoso, tan hermoso

mi prometido esposo
yo también quiero parecer hermosa.
¿Por qué, por qué se esconde
y quién me lo detiene?
¡Si hoy mismo ha de venir! Yo sé por dónde
ahora corriendo viene
en un caballo blanco cabalgando...
¿Lo veis? ya va llegando ..
¡Apartaos! dejadme que lo vea.—



É irguiéndose la loca señalaba
la senda tortuosa que guiaba
por el vecino cerro hacia su aldea.
Habrá quien no lo crea,
mas nunca olvidaré la dolorida
triste expresión de su mirar profundo,
por mucho que la vida
me dure en este mundo,
cuando desengañada y abatida,

—¡No es él! ¡no es él!— clamaba,
y arrojando las flores se sentaba
en hondos pensamientos sumergida.
Después alzaba la gentil cabeza
como si despertara lentamente
y ora —¡allí está!— diciendo alegremente
ó —¡no es él!— repitiendo con tristeza.
A impulsos de encontrados sentimientos,
tejía y destejía la corona;
segun eran sus vanos pensamientos
tristes ó halagadores,
engalanaba su ideal persona
ó deshacía con desdén las flores;
hasta que, deshojadas una á una,
al verse sin ninguna,
corría á buscar más en la pradera,
á la aldea cercana,
murmurando en su ardiente desvarío:
—Hoy no ha venido, llegará mañana.
Me prometió volver en primavera
y ha de venir. ¡Dios mío!
¡qué sería de mí si no viniera!

V

Como una niña caprichosa y vana
que vivía prendada de una estrella
y se murió de pena una mañana,
al despertar sin ella,
era la loca enamorada y bella;
sólo que mi aldeana,
aun adorando con tan ciego empeño,
no podía morirse como aquélla
mientras no despertara de su sueño.
Con la profunda fe del primer día
todas las tardes, todas las auroras,
—¿No sabéis? hoy me caso,— repetía,
y adornaba sus gracias seductoras
con guirnaldas de vívidos colores;
pues si no las hallaba por los prados,
aquellas compasivas labradoras
le daban la limosna de sus flores
que cuidaban en sitios reservados.
La idea de las flores asociaba
al logro de su amor de tal manera,
que mientras las produjo la pradera
ó la sencilla gente se las daba,
esperaba, esperaba
al que juró volver en primavera;
siempre de verlo aparecer segura
y sólo apercibiendo en su locura
la triste realidad del desengaño

cuando deshizo el tiempo su ventura
llevándose las flores de aquel año.
Una tarde, ya pálida, amarilla,
bajar la ví por la pendiente orilla
del rumoroso río ó del torrente
que al abismo profundo se despeña.
Seguí sus pasos cautelosamente.
Raquítica y pequeña
allí entre el musgo de cortada peña
descollaba una flor. La pobre loca
por alcanzarla se afanaba en vano.
Corriendo fuí, salté sobre la roca,
corté la flor y la mostré en mi mano.
Entonces me miró de tal manera
que me hizo estremecer: fué la primera
mirada de rencor que ví en sus ojos.
—¡Si es para tí!— la dije y sonrieron
con risa celestial sus antes rojos
y ya cárdenos labios. Dejó el río,
subió á la aldea, se sentó en la puerta
del templo entonces solitario y frío,
y al marchitarse entre su mano yerta
la postrimera flor de aquel estío
la loca de las flores cayó muerta.

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires.



NESSUN MAGGIOR DOLOR...

Me encontraba en París y tenía veinticinco años.

Pasaba allí la espléndida vida correspondiente á ese centro y á esa edad: sin cuidados, sin temores, libre el espíritu y el corazón, de sarao en sarao, de baile en baile, me dejaba arrebatar á la merced de aquel torbellino continuo: no era pobre, ni rico, pero mis medios me permitían hacer una vida cómoda, sin privaciones de ningún género.

Los que habéis vivido en París, sabéis bien que de tiempo en tiempo el recuerdo de la patria, nace en medio de la orgía ó entre el bullicio de la fiesta: se presenta como una sombra querida, que imprime al espíritu una suavidad exquisita, elevando el alma sobre el materialismo que la ahoga: yo los tenía también, pero no como el anhelo de un bien deseado. La patria entonces me era fatal, porque había perdido en ella el ser más amado de mi vida... Huía el recuerdo y me hundía en el torbellino.

Una tarde había ido al Bosque, solo, en mi noble caballo Antar, brioso como un hijo de la Arabia, tranquilo y sereno como un animal de carrera. Daba ese paseo diariamente, volviendo á comer á las seis de la tarde, á la mesa redonda del Gran Hotel, donde la diversidad de tipos y la confusión de razas formaban un conjunto heterogéneo, cuyo estudio me agradaba sobre manera.

Había atravesado ya los Campos Elíseos y al entrar en la avenida de la Emperatriz, siento que Antar se estremece por el ruido de un carruaje lanzado á la carrera.

Le tranquilizo acariciando su arrogante cuello y hablándole con el acento suave é insinuante que parecen comprender los animales.

Antar, puro fuego y nervio, era como esos hombres bravos sin pretensiones, que una palabra hace entrar en razón.

A pocos momentos siento pasar como una exhalación, casi rozándome, un elegante landó tirado por dos hermosos caballos de raza, cuyo trotar violento igualaba á la carrera.

En un momento de impaciencia alcé el látigo para castigar al inexperto cochero que tan imprudentemente había

estado á punto de llevarme por delante, cuando mis ojos se fijaron en la persona que iba dentro del carruaje.

Era una criatura de veinte años á lo sumo; blanca y rubia como el ideal de un poeta del Norte, iba lánguidamente recostada en el fondo del carruaje; sus ojos adormecidos y su actitud abandonada, mostraban que gozaba en la carrera, como una de esas amazonas inglesas que viven y se exaltan en la rapidez del movimiento.

Yo conocía todo el mundo galante de París: sin embargo, nunca había visto á esta mujer en ninguno de los centros elegantes: ni *chez* Laborde, ni en Mabille, ni en Valentino. —Jamás la había encontrado en los teatros, ni en mis diarios paseos al Bosque la había visto.

Puse al trote mi caballo y la alcancé casi al llegar al centro del Bosque: me aguijoneaba una ardiente curiosidad, en la que se mostraba un átomo de amor propio. Hubiera hecho un sacrificio por mostrar á mis amigos esa conquista.

¡Perdón! son vanidades de todos los hombres de esa edad!

Ya se había formado alrededor del carruaje de la desconocida un círculo curioso que la miraba y cuchicheaba entre sí; ella no había cambiado de postura y parecía gozar con la fresca brisa que venía murmurando entre los árboles. Yo me había bajado y entregado mi caballo á un *valet de pied,* para poder pasearme á orillas del estanque á cuyo lado opuesto está el bellísimo jardín del Pré Catalán.

La desconocida dama se bajó del carruaje y se dirigió al bote que conduce al otro lado; era alta, esbelta y vestía uno de esos trajes sueltos que revelan la belleza de las formas. Adivinando su intención, me apresuré y bajé al bote un momento antes que ella, ofreciéndola en seguida mi mano.

Cincuenta ó sesenta personas contemplaban esta escena y yo comprendía que más de uno de aquellos jóvenes brillantes hubiera dado su renta de un mes por encontrarse en mi posición: si la dama hubiese comprendido en aquel momento mi estúpida vanidad, no habría dejado caer en mi mano la suya sin guante, blanca y tersa, después de haberme mirado un instante con cierta intensidad. Comprendí que muchos iban á bajar al bote, y dándole un fuerte empuje lo lancé á cuatro varas, poniendo un luis en la mano del barquero que se preparaba á objetar.

La desconocida no hacía caso de mi presencia y parecía

estar abstraída completamente por la lánguida belleza de la tarde. El ruido de París se perdía á lo lejos como un murmullo indefinido; todo era tranquilidad y paz. Las pequeñas olas rizadas por el aura suave de la tarde, formaban graciosos giros sobre la tersa superficie del lago. La blanca desconocida se había adormecido reclinada en la popa del botecillo y una de sus manos pendía fuera de él, tocando apenas con sus dedos las aguas cristalinas.

La contemplaba silencioso, admirado de la belleza de aquella mujer: sus labios parecían moverse imperceptiblemente y un momento oí claras y distintas estas palabras, dichas con una dulzura infinita:

Un soir, t'en souvient il? Nous voguions en silence:
on n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,
que le bruit des rameurs, qui frappaient en cadence
tes flots harmonieux.

Los bellísimos versos de Lamartine venían como una ráfaga de poesía á unirse á las frescas brisas del lago.

Aquella hermosa mujer; yo, joven, lleno de vida y entusiasmo; los versos misteriosos del amante de Graziella; la hora voluptuosa de la tarde, mi soledad con aquella criatura, me hacían un efecto curioso é inexplicable.—No podía comprender cómo no tomaba aquella mano entre las mías y en ardientes palabras dejaba desbordar el torrente de delicias que henchía mi alma. Insensiblemente caí en una especie de éxtasis y mis labios dejaron escapar estos versos del poeta del dolor y de la duda eterna:

Point d'amour et des fleurs, et la nuit qui murmure
et le vent qui frémit en toute la nature
qui pâlit de plaisir, qui boit la volupté!
. . . .
Point d'amour et partout l'espectre de l'amour!

Un suspiro cortó mis palabras: la desconocida me miraba intensamente: sus ojos estaban húmedos y su seno palpitaba acelerado.

—También dice Musset, caballero, *pourtant, ils ont aimé!* me dijo con un acento dulce é impregnado de sentimiento.

—Musset, señora, el triste desterrado del mundo del placer, veía la felicidad en todas partes, fuera de su alma y hasta sus criaturas más desgraciadas tienen un momento feliz.

—Felicidad... desgracia... placer... *words, words, only words!*

—¡Hamlet soñaba, señora, y Musset sufría!

—Llegamos, dijo en este momento la ruda voz del barquero.

Como el que despierta de un sueño, sacudió la blanca dama su frente nacarada.

Descendimos, y como yo dejara ver mi intención de seguir acompañando á la desconocida, ésta me saludó cortesmente, quedando de pie hasta tanto me encontré lejos de ella. Entonces se internó lentamente en los jardines.

La noche caía, y yo estaba embebido mirando hacia el costado por el que había desaparecido la blonda criatura.

. . . .

No volvió.

En vano la esperé hasta entrada la noche; sin duda se habría hecho esperar por el carruaje del lado opuesto del jardín. Crucé el lago, monté en mi caballo, que me esperaba impaciente, y, paso á paso, sumido en un mundo de reflexiones, gané la barrera y de allí á mi hotel.

Aquella mujer me atraía: no me perdonaba haberla perdido de vista; soñaba con ella!

Me propuse encontrarla: tomé *l'Entr'acte* y recorrí los anuncios de teatros. En los Italianos, la Patti cantaba la *Sonámbula;* en la Opera, la Sass daba el *Trovador*—Verdi y Bellini!

¡Oh! esa naturaleza aérea, delicada como un copo de espuma, no puede amar los arranques terribles del autor de *Nabuco;* necesita la poesía suave y misteriosa, impalpable, del dulce poeta del corazón:—¡á los Italianos, pues!

Llegué tarde, y como no era mi noche de abono, no encontré localidad.—Recordé entonces que un amigo, joven hijo de un banquero, tenía un palco por temporada; al entrar en él, noté que el palco contiguo estaba vacío.

¿Mienten los presentimientos, esas adivinaciones misteriosas del corazón? ¡Oh! ¡jamás me han engañado! En las horas de dolor, siempre han cruzado mi alma, como esas aves de la noche, mensajeras de desgracias, que se posan en las ruinas, en medio de las tinieblas!

A los cinco minutos de entrar, se abrió la puerta del palco de al lado y mi bella desconocida, dando el brazo á un hombre de cuarenta años, grave y de noble fisonomía, entró

sin hacer ruido alguno y silenciosamente se sentó en la primera silla, dando la espalda al sitio en que me encontraba.

—¿Qué tiene usted? me preguntó mi amigo. ¡Está usted pálido como la muerte!

—El cansancio, la fatiga... ¡qué sé yo!

Los deseos habían huído de mí; aquella mujer embriagaba mi espíritu.

La Patti estaba cantando como un ángel: su voz melodiosa impregnaba mi alma, y en el estado de excitación en que me hallaba, me parecía que estaba viviendo un siglo en un segundo...

Por fin bajó el telón: mi amigo salió del palco y quedé solo. Oía hablar al lado y una curiosidad irresistible me atraía; presté oído.

—¿Parte usted pronto, Vilda?

—Sí, coronel, parto próximamente; me ahoga París. Voy á Italia.

—¿Sola como siempre ó piensa usted esperar á Cristián?

—Sola; estoy ya tan habituada, que uno de mis mayores placeres es la soledad.

—¿Y dónde va usted directamente?

—¿Conoce usted la Italia, coronel?

—No, Vilda; pienso visitarla próximamente.

—Desde Alá al estrecho de Mesina aquello es un paraíso. Jamás al entrar en esa tierra bendecida llevo rumbo fijo. Me arrastra el viento...

—Como á la nube...

—O á la golondrina.

No oí más: entraron algunas personas en el palco y en el movimiento de los saludos de etiqueta, perdí el resto de la conversación.

Me era bastante: mi viaje á Italia estaba resuelto.

Durante el resto de la función, una idea fija dominó en mí: Cristián. ¿Quién era ese Cristián? ¿Padre, hermano... esposo?

Me confundía.

Cuando la *Sonámbula* va á cruzar el puente, en ese momento terrible, Vilda varió de asiento, ocupando el que daba la espalda al proscenio: entonces sus miradas se fijaron en mí; su rostro manifestó profunda sorpresa y una ráfaga rosada coloreó sus mejillas. La saludé cortesmente: en un instante se repuso y contestó al mío con un saludo

18

amable y sin afectación. El coronel, absorto con la Patti y Naudin, no notó nada de esta escena muda.

Salimos del teatro, y á pesar de mis ardientes deseos, no seguí en el mío el carruaje de Vilda, que había partido de los primeros.

Eran las once y media de la noche: por costumbre, más que por deseo, ordené á mi cochero dirigirse á Mabille.

La idea de encontrar allí á Vilda, me oprimía el corazón; creo que la hubiera insultado, despreciado...

¡Estaba loco!

Mabille se encontraba en todo su apogeo. Al entrar, Corisandra, la *bouquetière*, se me acercó misteriosamente y con esa voz de insinuante confianza que quiere establecer un vínculo de solidaridad, me preguntó:

—Monsieur Charles (había olvidado decir que me llamo Carlos), ¿hay que hacer algo para vuestro servicio?

Una ráfaga de fuego cubrió mi rostro: había tenido un segundo la mezquina idea de hacer á Corisandra mi mercurio cerca de Vilda.

—Nada, hija, nada. Estoy arruinado de bolsa y vida. Donde faltan esos dos elementos, ya no hay esperanza.

—No dice así Aubépine, la linda rubia.

—¿Y qué es lo que dice?

—Que hace tres noches habéis ganado quince mil francos en una partida de baccarat.

Era cierto: en uno de esos centros elegantes de fomento al vicio, cuatro días antes, había sido invitado á tomar parte en una partida, habiendo ganado la suma indicada.

En ese momento, Aubépine, preciosa criatura, fresca como la flor cuyo nombre había tomado y rubia como el dorado fleco de la planta del maíz, se acercó á mí cariñosamente, con ese rostro lleno de amor que nunca falta para un hombre que ha ganado quince mil francos en el juego.

Yo la había conocido tres meses antes y más de una vez la había tratado.

—Mi querido Carlos, ¡qué felicidad ver á usted esta noche por aquí! fué la frase de entrada.

—Si para tí es una felicidad el verme en este sitio, debes pasar la vida muy feliz, porque casi nunca falto.

—No, hablo de hoy exclusivamente. Es usted el hombre á la moda.

—¿Será por mi suerte en el juego, donde he ganado la miseria que se pierde cien veces en un minuto?

—¿Quién habla de dinero? Creíamos que no viniera usted á Mabille en adelante. Su centro debe ser las Tullerías, las embajadas, los salones del Faubourg Saint-Germain, el mundo aristocrático, en fin.

—¿Te burlas, Aubépine? A no ser que te hayas inscrito en el libro azul, y que lleves cuarteles y leones en campo de gules en tu carruaje, no conozco ninguna aristocrática dama, ó por lo menos, no tengo con ninguna las relaciones que tú supones.

—¿Y la rubia del bosque?

—¡Ah!

Desde ese momento, mujeres, amigos, todo el mundo me trataba de hipócrita por no haber confesado antes que la bella rubia era mi querida. En vano negaba y juraba que era la primera vez que la veía. En París, donde esas relaciones se forman en un segundo, no se comprende que un hombre dé la mano á una mujer, sin que por este simple hecho se constituya en su amante.

Por lo demás, nadie me daba un solo dato acerca de Vilda; nadie la conocía y sólo algunas personas recordaban haberla visto el verano anterior pasar dos ó tres días en París y desaparecer.

Me fastidié en Mabille y me retiré á preparar mi saco de viaje; creía partir de un momento á otro.

Al día siguiente busqué á Vilda en todas partes, sin conseguir encontrarla. Llevaba la idea de constituirme en su sombra y seguirla donde fuera. Ya era para mí una necesidad su presencia.

En vano la busqué cinco días consecutivos; Vilda había partido.

Desesperado, esperé un día más. Por fin, el anhelo de mi alma me arrebató y me lancé á Italia á buscar aquella mujer entre veintitrés millones de habitantes.

Yo conocía á Italia y la amaba como á uno de esos recuerdos puros de la infancia que refrescan el espíritu en las tristes horas de laxitud moral. Había vivido un año en ella, haciendo la vida errante del artista; me eran familiares sus bellezas y conocía la historia de cada uno de sus sublimes trozos de mármol, como los rasgos de mi propia vida.

Cuando se ama, siempre se supone en la persona querida

una armonía completa de sentimientos y afecciones con los nuestros; yo amaba á Florencia como á la patria ideal, y suponía que Vilda... porque yo me había enamorado de aquella mujer! Su presencia me causaba un sufrimiento dulcísimo, inefable, algo como esa sensación misteriosa de que habla santa Teresa, cuando describe, en la más admirable de sus páginas, su éxtasis divino.

Llegué á Florencia á la caída de la tarde de un bellísimo día de Mayo, cuando la naturaleza italiana sonríe orgullosa en el *amplesso* de su voluptuosidad. Las brisas del Arno y de las bellísimas alturas de Fiesole venían á acariciar mi frente, como un saludo íntimo al amigo de la poética ciudad.

Tomé un caballo y me fuí á las Calscinas: un mundo poblaba el lindo paseo que se extiende á lo largo del correntoso río Arno; carruajes lujosísimos, misteriosos *coupés*, coches de todo género cruzaban en todas direcciones. Mi mirada anhelante buscaba ansiosa á Vilda: parecía que había sido un sueño para mí: no la veía.

Esa noche se cantaba la *Condesa de Amalfi* en la Pérgola, por una compañía bastante mala, y Salvini hacía *Otello* en el teatro Pagliano.

La *Condesa de Amalfi*, esa vulgar creación de Petrella, no podía atraer á Vilda.

Salvini, la estatua de la tragedia clásica, el genio creador, debía simpatizar con su espíritu ardiente.

¡Ni en la Pérgola ni en Pagliano!

En vano saludaba cariñoso á todas mis antiguas amistades florentinas: el soberbio David, elevándose esbelto en medio de la plaza de la Señoría, el palacio de los Médicis, la calle habitada por el Orcagna, Donatello, Vespucci el sublime usurpador, y el divino Buonarrotti, no tenían ya para mí aquel encanto misterioso que en años anteriores inundaba mi alma á su aspecto.

A cada momento creía ver á Vilda en la galería Degli Uffizi contemplando la Venus de Médicis, ó absorta ante la Madona de Sassoferrato: en la galería Pitti mi deseo la veía en un cuadro del Ticiano ó en una de las místicas creaciones de Andrés del Sarto.

Abandoné Florencia, recorrí toda la alta Italia, y por fin, cansado y perdida ya mi dulce esperanza, me dirigí á Roma.

Roma se encontraba aún bajo la dominación eclesiástica

y presentaba el aspecto más pagano de todas las ciudades de la cristiandad. Ninguna de las villas de Italia, ninguna de las capitales europeas tenía aquella idolatría por la forma que caracteriza profundamente el culto gentílico, y que se ostentaba entonces en todo su esplendor en la ciudad de los Césares.

Por ese motivo era tan curioso el estudio de la sociedad romana, como la contemplación de sus ruinas gigantescas ó de sus soberbias obras de arte: en Roma había algo nuevo, insólito; un presentimiento me arrastraba á ella; estaba convencido de que encontraría allí á Vilda.

Mis presentimientos jamás me han engañado: la encontré.

. . . .

Una noche me había dirigido á las ruinas del Coliseo: un cardenal, hombre de mucho talento y de ese tacto poético que distingue á los italianos, me había aconsejado visitara la inmensa ruina á la luz plateada de la luna. Había ido varias veces durante el día, y siempre había salido con el espíritu dominado por la grandeza y majestad del anfiteatro.

Era una noche clara de luna; una de esas noches italianas, en las que el cielo, puro y sin nubes, se extiende bellísimo sobre la naturaleza adormecida voluptuosamente. Caminaba silencioso en dirección al Coliseo, fuera ya de la ciudad, contemplando extático las sombras colosales de la gigante ruina, tendidas á lo largo de la muerta campiña romana. Los poetas han querido ver en aquellas sombras los mil paisajes caprichosos que engendra su imaginación sobreexcitada por la grandeza del cuadro; los artistas sueñan con las sombras, y los que tienen dentro del alma el amor á lo bello, viven la vida del placer, frente á esa soberbia manifestación de grandeza.

Yo pensaba en Vilda: en los momentos de excitación, lo vulgar desaparece del espíritu y queda sola, fija y brillante, la idea dominadora. El prisionero en esos momentos piensa en la libertad, el artista en su ideal, el hombre que ama en la mujer querida. Yo amaba á Vilda, como no había amado nunca en la vida: cuando arrastraba una existencia material y torpe en París, creía que las desgracias que en mi patria habían pesado sobre mí, la muerte de mis amigos en un momento tremendo, la maldición que pesaba sobre mi frente, habrían agotado dentro de mi corazón todas las fibras delicadas del sentimiento... y aquella mujer había revelado

á mi alma la vida del amor, dulce, inefable, como su lánguida mirada!...

Penetré en el Coliseo y me senté en el centro, en la ridícula cruz que la explotación católica ha puesto en ese pedazo del pasado. La mitad del edificio estaba hundido entre las sombras, y la otra mitad brillaba al resplandor de la luna. No había notado ningún otro visitante, cuando mis ojos se fijaron en una de las entradas que dan al Sud: sobre un trozo de granito estaba sentada una mujer, contemplando, silenciosa y en místico recogimiento, el divino cuadro: la luna bañaba su rostro: ¡era Vilda!...

—Hace un mes, señora, en París, en uno de los pocos momentos de tranquilidad que ofrece aquel torbellino humano, encontré á usted una tarde en medio de un lago; hoy, á la luz de la antorcha de las ruinas, como llamó Mme. Stäel á esa blanca luna que va pasando sobre nosotros como un sueño de felicidad, encuentro á usted en medio del pasado. ¿Creeré que hay simpatías de afecto en nuestras almas?

—¿Por qué no, caballero? Amo el pasado con delirio, porque encuentro en él ese soplo misterioso de poesía que va muriendo en nuestras sociedades modernas. Amo el Coliseo, amo á Florencia y Roma, porque ésta es la antigüedad y aquélla la Edad Media.

—¿Y sola siempre, señora? No encuentra usted en la expansión la mitad del placer de la contemplación?

—¿Y cuando no se encuentra quien comprenda nuestras ideas, caballero?

—En esa situación, señora, los espíritus débiles pasan una vida miserable y desesperada, los que son fuertes se alimentan de sus propias inspiraciones y viven en sí mismos, como el águila en las soledades del espacio. Seguramente, usted no vive desesperada, señora.

—¿Es una galantería?

—No, es una observación. Jamás he podido ser galante, y si lo fuera, no cometería la ridiculez de ostentarlo en este sitio y á estas horas.

—¿Y á qué casualidad debo, caballero, el encontrar á usted en Italia y de una manera tan inesperada? Creí que su centro fuera París, Londres ó Viena.

—Amo la Italia, señora, y hoy tal vez más que nunca. He perseguido un ideal y creo encontrarlo.

—¿En Italia?
—Tal vez.
—¿Es usted español, caballero? De tal es su acento.
—Mi patria, señora, se encuentra perdida en uno de los últimos rincones del mundo. He nacido cerca del polo Sud, en medio de inmensas llanuras sin límites.
—Americano...
—Usted, señora, debe ser de otra raza. Sus ojos, su fisonomía, revelan la criatura del Norte.
—He nacido en Suecia, caballero.
Mi posición se iba haciendo violenta: aquella mujer, sola conmigo en medio de la noche y de las ruinas, me hablaba con la misma sencillez que á un hermano: me encantaba, ponía en agitación mi alma entera. No podía decirle una palabra: un sentimiento de profundo respeto me contenía.
De pronto una nube se posó en mi frente: había recordado un nombre, oído una noche en los Italianos, en París: ¡Cristián! La duda me asaltó.
—Señora, la circunstancia excepcional en que nos encontramos ¿sería suficiente título para autorizarme á dirigir á usted una pregunta?
—Pregunte usted, caballero.
—¿Es usted soltera?
—No, señor; soy viuda.
—Viuda... á esa edad... ¡mucho habrá sufrido usted! La muerte de la persona querida en la edad de las dulces ilusiones, es el golpe más terrible que puede sufrir el corazón.
—¡Ah, caballero! tenía diez y siete años y mi familia me casó con el barón de Osnabruck, á quien no conocía y que se encontraba de embajador en Londres. Me casé por poder, y el barón murió al emprender el viaje de vuelta. No le he conocido; era, según me han dicho, un respetable anciano, estimado por todo el mundo y que al morir me dejó nombre y fortuna.
Callé: un torrente de alegría inundaba mi alma. Hubiera deseado morir en aquel momento, oyendo una palabra de amor de los labios de Vilda.
—Y... ¿nunca ha amado usted, señora?
—Nunca, caballero. Dicen que es muy bello, murmuró fijando su lánguida mirada en el astro de la noche, la pálida viajera que cruzaba el espacio, bellísima y tranquila.
La contemplaba mudo... yo, el hombre habituado á jugar

con todos los sentimientos del corazón, no encontraba valor en mi alma para revelar mi cariño á la dulce criatura.

—El ser que ama las ruinas, el pasado, todo lo que encierra una idea poética, tiene que tener en el alma un ideal, una imagen que adora en el misterioso silencio del corazón. Usted ama, señora.

—Amar... ¡ser amada y comprendida! ¡Oh!

Sus ojos se cerraron y su seno palpitó acelerado; extendí mi mano hacia la suya, y en el momento de ir á tomarla, Vilda se puso de pie y sin emoción, sin que su voz revelase ninguna sensación violenta, me dijo:

—Caballero, ¿tendría usted la bondad de conducirme hasta el carruaje? El frío de la noche me hace mal.

Al subir al carruaje que la esperaba fuera del coliseo, me dijo:

—Si no nos encontramos más, crea usted, caballero, que no olvidaré el dulce momento que acabo de pasar.

Balbucié una frase convencional y el coche partió.

Volví á mi hotel desesperado.

. . . .

A la mañana siguiente me encontré con una invitación para una fiesta que daba el embajador de Portugal en una de las villas de Roma.

El embajador era entonces el duque de Saldanha, cuya celebridad como diplomático y hombre de mundo se extendía ya por todas las cortes europeas; era una dicha conseguir una invitación para sus fiestas, y un crimen de leso buen gusto faltar á ellas. Yo había intimado con el secretario de la embajada en París, y al saber que estaba en Roma, había tenido la delicadeza de enviarme un billete de invitación.

No es del caso hacer una descripción ni de la bellísima villa Paulatti, ni de la fiesta. Figuraos todo lo que el espíritu humano puede idear para hacer gozar los sentidos y lo encontraréis allí. Saldanha sabía hacer las cosas, algo á disgusto de la corte de Lisboa, que más de una vez tuvo que pagar las inmensas deudas del noble duque, para poder emplearlo en otro destino.

Entré en los salones tarde ya, del brazo de Esteban de Pinto Moura, el secretario. A primera vista, dos figuras me llamaron extraordinariamente la atención. Eran dos hombres altos, esbeltos, y de altiva fisonomía. Uno era rubio y tenía su cara un parecido tal con Vilda, que un nombre vino al

instante á mis labios: Cristián. El otro era moreno; ojos negros y profundamente concentrados; su mirada entraba en el alma.

Me estremecí: ¡Vilda debía estar allí!

En efecto, á pocos momentos Vilda entró en la sala, acompañada por el anciano coronel que había estado con ella en París, en los Italianos.

—¿Conoce usted á esa dama, Esteban? pregunté á mi amigo.

—No; es hoy la primera vez que veo su bellísima figura. Sé que se llama la baronesa de Osnabruck, y que aquel hermoso joven que habla en este momento con Gustavo de Rosbek es su hermano.

—Ese caballero á quien llama usted Rosbek, ¿es acaso sueco?

—Sí, y según tengo entendido, no es del todo insensible á los encantos de Vilda.

—¡Ah!... Como conozco á esa dama, me permitirá usted que me acerque un instante...

—¡Hola! ¿y por qué tan pálido?... ¿acaso?... ¡perdón, amigo!

Moura pronunció estas palabras por una suplicante mirada mía: me había comprendido.

Me acerqué á Vilda en un momento en que quedó sola; me saludó sencillamente: creí notar, sin embargo, una mirada recelosa dirigida al punto en que se encontraban Cristián y Rosbek.

—Señora, ¿me permitirá usted ofrecerla mi brazo para dar un paseo por el jardín?

—Con mucho gusto, caballero.

Cruzamos el salón, blanco Vilda de todas las miradas: su soberana belleza atraía como el brillo del diamante, como un cuadro del Ticiano.

Llegamos al jardín, admirable de arte y naturaleza, lleno de árboles y enredaderas, por entre las que se escapaba misterioso el débil fulgor de un farolillo de la China, ó una débil hebra de luz eléctrica que venía desde el estanque jugueteando entre las ramas de los árboles, confundida con el suave resplandor de la luna.

Mi corazón estaba oprimido, y Vilda, por primera vez, dejaba ver cierta emoción.

—Vilda... y usted me permitirá usar este nombre... ¿teme

usted algo á mi lado? Usted no me conoce y creo que sabe mi nombre desde ayer... mi nombre ignorado que no encontrará usted en el libro de oro de la nobleza europea. Yo creo conocerla desde que he sabido sentir, desde que he conocido ese arrullo indefinible del corazón que llaman simpatía.

—¿Por qué temer, caballero? Una mujer que recorre el mundo sola, ¿temerá algo del brazo de un hombre que le habla de simpatía en medio de una fiesta?

Habíamos llegado á un banco de césped, colocado en medio de una glorieta. Vilda se sentó allí y yo á su lado. Comprendía que mi posición no podía durar; tomé una resolución.

—Vilda, dije: he recorrido gran parte del mundo en busca de un ideal.—Desde las llanuras de mi patria, hasta las brumosas regiones del Norte, mi corazón solitario ha buscado un eco. Por fin, el cielo sonrió para mí: he visto una mujer y la he amado. Amo con delirio, y mi amor es mi vida. Esa mujer es usted, Vilda.

Vilda callaba: sus ojos azules, impregnados de una dulzura exquisita, vagaban por el cielo, como una de esas risueñas ideas que en medio del sueño vagan por la imaginación. Pendía una de sus manos; la tomé y la llevé á mis labios...

¡Oh! ¿por qué entonces, en la expansión de mi alma, no se acabó mi vida? ¿Por qué vuelve á mí ese recuerdo? ¡Oh! ¡Dante, sí! *nessun maggior dolor!...*

—¡Amor! murmuró Vilda... eterna aspiración de mi espíritu, ¿eres, pues, una realidad? Este éxtasis divino, esta voluptuosidad del corazón, es la vida en toda su plenitud... ¡Oh, Carlos!... ¡creo amar, creo ser feliz en este momento!

Algo como un gemido de agonía se oyó tras de nosotros, y apareció Gustavo de Rosbek desencajado, lívido y vacilante.

—Vilda, dijo á la pobre criatura que le miraba espantada: te he dedicado mi vida, te he amado como se ama á Dios, y no has aceptado mi amor. He cruzado el infierno del mundo con la cruz del martirio;—sólo una esperanza me alentaba,—me decías que no amabas ni amarías á nadie! ¡Eres perjura!

—Eres mi sombra maldita, y al ponerte Dios en mi camino desde niña, marcó en mi frente el sello de los

réprobos. Has amargado la única ráfaga feliz de mi vida. ¡Maldito seas!

Y Vilda, rígida y pálida como la muerte, se dirigió hacia el palacio como un fantasma, como una sombra.

Gustavo ahogó un grito y llevó la mano al corazón: vaciló un momento y sacando rápido un puñal, lo hundió dos veces en su pecho.

Cayó en mis brazos, moribundo ya;—helado, con la razón casi extraviada, contemplaba el cuerpo de Gustavo, que se debatía en la agonía. Sus últimas palabras, fueron: *¡Vilda, te amo!* y murmurando el dulce nombre, espiró.

. . . .

Dos días después, Moura me entregó, en el lecho donde me había postrado una fiebre violenta, que había trastornado mi razón, el siguiente billete:

«Carlos:

»Hay un cadáver entre los dos: la felicidad no se ha hecho para mí.

»He partido, y mi vida en adelante será un tormento.

»No nos volveremos á ver más en el mundo. Dios le haga feliz, y no olvide nunca á la mujer que le debe el único instante de dulzura de su árida existencia.

»Adiós, Carlos: ¡Dios le bendiga!—Vilda.»

. . . .

Han pasado diez años: mi cabello va encaneciendo, y Vilda es aún para mí el único astro que brilla en la noche de mi pasado. Hoy me arrastro en el mundo, como un cuerpo sin alma: un momento de expansión y tranquilidad me ha permitido escribir estas líneas.

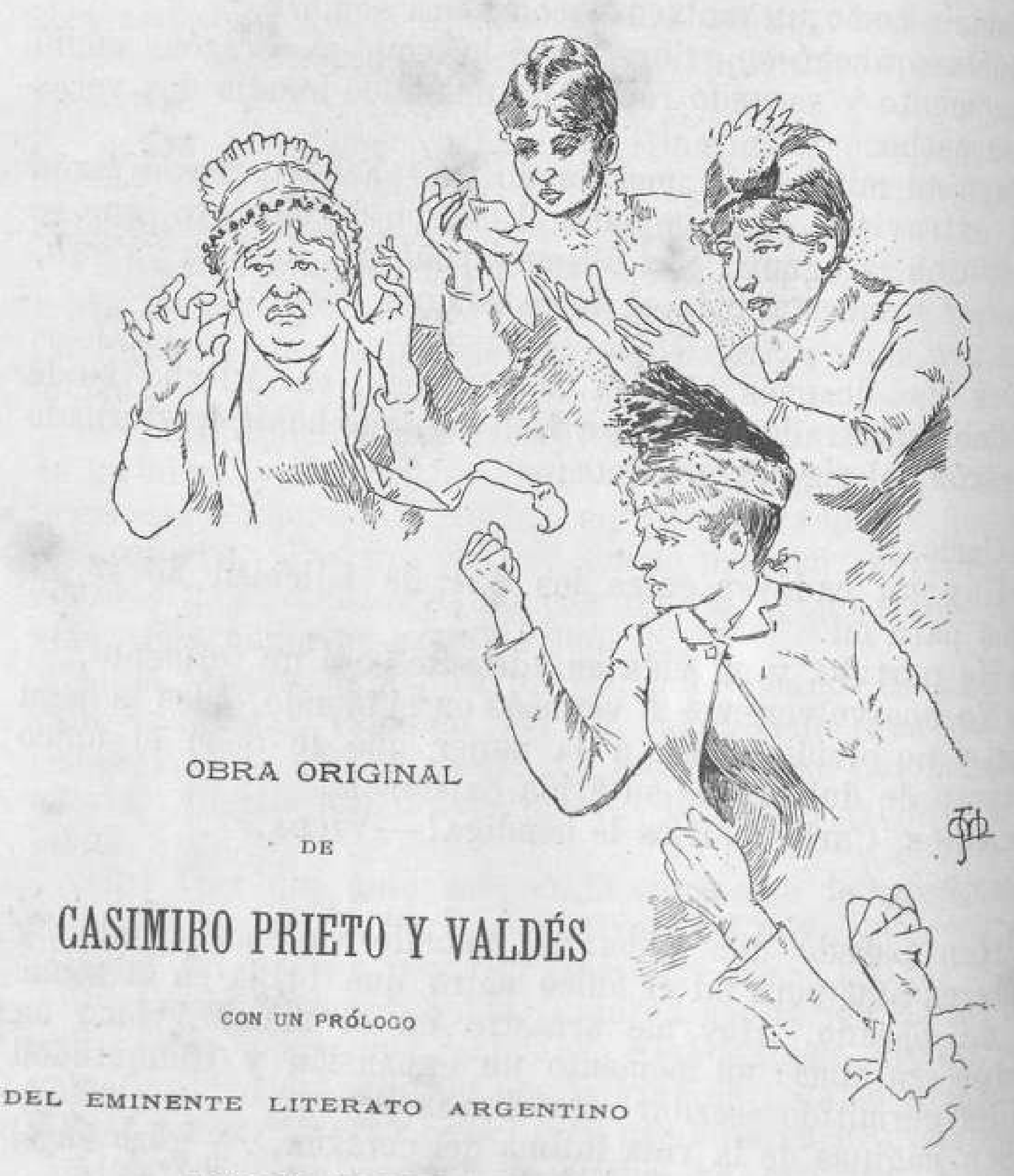
Son páginas de la vida íntima del corazón... y gozo en el dolor que me causan.

¡Son para mí!

Miguel Cané.



SOMBRAS CHINESCAS



OBRA ORIGINAL

DE

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

CON UN PRÓLOGO

DEL EMINENTE LITERATO ARGENTINO

DON RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRADA POR

APELES MESTRES

Esta obra, que tanto por sus condiciones literarias como por sus chispeantes ilustraciones, creemos ha de llamar poderosamente la atención de nuestros favorecedores, se publicará á mediados de este año.

ESTUDIO FOTOGRÁFICO

BAJO LA DIRECCIÓN DE

Buenos Aires
894, CALLE ESMERALDA, 894



Buenos Aires
894, CALLE ESMERALDA, 894

A. ALDANONDO

En este establecimiento se sacan retratos todos los días, aunque llueva, como si fueran tomados en día de sol.

Tarjetas comunes ó abrillantadas, victoria, álbum, panale, imperiales, grupos de familia, cuadros al óleo, engrandecimientos para fotógrafos, copias de tarjetas en fotografía ó al óleo, fotografías sobre lienzo al óleo para los pintores.

La casa cuenta con grandes aparatos para estos trabajos, retratos microscópicos al lápiz, carbón, etc., etc.

También se encarga de sacar copias de tarjetas en gran tamaño en fotografía ó al óleo para la campaña ó provincias, con sólo mandar una tarjeta bajo sobre, las señas de colorido, de los ojos, pelo, barba, etc.

La misma casa se encarga de remitir los trabajos á su destino.

PRECIOS SIN COMPETENCIA


ESPASA Y GULIVART
323, MAIPÚ, 323